

La construcción de la nación a partir de la diplomacia

El reconocimiento de Colombia: diplomacia y propaganda en la coyuntura de las restauraciones (1819-1831)

DANIEL GUTIÉRREZ ARDILA

Universidad Externado de Colombia, colección Centro de Estudios en Historia, Bogotá, 2012, 426 págs.

EL LIBRO que se reseña es la continuación cronológica y temática de la tesis doctoral de Daniel Gutiérrez Ardila: *Un Nuevo Reino. Geografía política, pactismo y diplomacia durante el interregno en Nueva Granada (1808-1816)*, Bogotá, 2010. Consta de dos partes: “La diplomacia del reconocimiento”, cuyo cometido esencial fue la elevación de los nuevos regímenes americanos al rango de nación, desarrollada en cuatro capítulos; y “Analogías revolucionarias”, que comprende cinco capítulos en los que se muestra el desarrollo de las labores diplomáticas entabladas por Colombia con Francia, Haití, México, las Provincias Unidas de Centroamérica y Grecia; la obra contiene, además, agradecimientos, introducción, conclusiones generales, cuatro anexos, bibliografía y cronología fundamental. Para ello el autor adelantó, por espacio de cerca de cuatro años, un cuidadoso trabajo de archivo, tanto en el Archivo General de la Nación, como en otros del extranjero, en especial el Archivo Nacional de Francia, lectura de bibliografía, análisis y reflexión, interesándose en el análisis del discurso (retórica, estrategia, e ideas clave), en los agentes diplomáticos, en los medios (periódicos, folletos, grabados y libros) y en los tipos de público.

Se enmarca dentro de la historia de la diplomacia, un tanto abandonada en nuestro medio, falencia que le ha reportado en fecha reciente al país una amarga experiencia, y de manera muy principal en la historia de la propaganda diplomática, esta si prácticamente que virgen, ejercida por la diplomacia colombiana, consistente en firmar tratados de protección en contra de la codicia de las

potencias, y sobre todo, de negociar y consolidar, con mucha paciencia, a partir de la restauración de las dinastías borbónicas en París, Madrid y Nápoles, y como una estrategia para contrarrestar la feroz represión de la insurgencia en América y consolidar la revolución, doce pactos, solemnes de la República de Colombia con sus iguales de Chile, Perú, Buenos Aires, México, los Estados Unidos (1822), las Provincias Unidas de Centroamérica y con los reinos de Gran Bretaña (1825), los Países Bajos y Francia, al que más tiempo se le dedicó y el que fue más difícil de concretar. Negociaciones que se cumplieron entre 1819, a partir de la Constitución de Angostura, expedida el 17 de diciembre, en la que se establecieron los principios del pacto, de la Ley fundamental, basado en el *uti possidetis iure*, que debía sellar la unión de la Tierra Firme, lo que permitió el nacimiento de la República de Colombia, hasta 1831, cuando el sueño bolivariano de la Gran Colombia llegó a su fin, como un requisito esencial, fundamental, para que el nuevo Estado entrara en plena posesión de su soberanía y obtener así una personalidad internacional legal.

Reconstruye los rasgos generales de la diplomacia colombiana, de por sí demasiado precaria, pese a haber arrancado con el inicio mismo de la revolución en 1810; así como el funcionamiento interno y externo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, una de las cinco con que se organizó la administración de la naciente república, en cuya gestión fue fundamental la eficaz labor cumplida por los venezolanos José Rafael Revenga y Pedro Gual, el primero un tanto desconocido, el segundo mucho más visible en los textos de historia, y los neogranadinos José Manuel Restrepo y Estanislao Vergara. Sin embargo, a partir de 1826 y con la agudización de los problemas políticos interiores a causa de los sucesos de Venezuela, la acción de la Secretaría comenzó a mostrar fallas, al punto que en el breve lapso 1830-1831 estuvo marcado por una permanente inestabilidad en el que hubo once Secretarios. La acción de la Secretaría se orientó principalmente a las naciones de la cristiandad, aunque hubo algunos intentos de establecer relaciones con los estados

berberiscos, y su gran ejecutor fue José Fernández Madrid. Tanto este, como los demás agentes, plenipotenciarios y diplomáticos, colombianos e hispanoamericanos, mantuvieron una estrecha colaboración entre ellos, constituyeron una verdadera red, para alcanzar el reconocimiento, al punto que algunos de ellos fueron agentes diplomáticos no solo de Colombia, sino también de Chile, Perú, Argentina, etc.; los casos más conocidos son los de Andrés Bello y Juan García del Río.

Bien importante es la reconstrucción que hace el autor de las acciones extradiplomáticas, tendientes a consolidar la independencia de la república, que adelantaron los negociadores mientras concretaban los tratados: 1. El reclutamiento de mercenarios y la adquisición de material bélico, que se inició en 1815, primero en Haití, país con el que luego de 1819 hubo relaciones muy difusas que solo se consolidaron en 1868 con el establecimiento de consulados en ambas naciones, en 1936 y 1950 cuando se entablaron relaciones diplomáticas y se nombraron formalmente embajadas; luego, en el Reino Unido e Irlanda, que resultó exitosa pues se logró reclutar, entre 1814 y 1820, siete mil mercenarios, de los que sobrevivieron dos mil quinientos a la guerra; la mayoría de ellos fueron reclutados bajo falsos ofrecimientos y expectativas difíciles de cumplir, lo que generó muchos problemas a la hora de enfrentarse a la realidad americana y, sobre todo, los que regresaron a Europa se convirtieron en una “mala prensa” para los intereses colombianos. La consecución de armamento fue difícil, en general siempre fue menor a las necesidades de la revolución, de manera fundamental porque la república no contaba con buena reputación en materia de crédito, habida cuenta que los negociadores no siempre eran expertos en materia armamentista y similares; en Europa esa labor fue clandestina, al margen de la ley, llena de inquietudes, mientras que en los Estados Unidos fue abierta. 2. La búsqueda y adquisición de empréstitos, fue más que imperiosa pues las finanzas de la naciente república eran prácticamente ruinosas; contribuyó a esas necesidades que se abolieron algunas contribuciones, y el sostenimiento del

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>aparato burocrático fue mayor que en tiempos de la Colonia. La consecución de esos necesarios fondos en el extranjero fue difícil pues su aval no era, ni mucho menos, seguro y sólido; al igual que en el caso de la adquisición de armas, se cometieron varios errores en las negociaciones, lo que fue producto de cierta falta de pericia en esos menesteres. 3. La promoción de la colonización; desde un comienzo se consideró necesaria la inmigración europea, para lo cual organizaron campañas de colonización en Europa en las que se prometió entregar las tierras del Orinoco, pero resultaron prácticamente nulas pues no surtieron efecto positivo. 4. La propaganda, fue quizá la más exitosa y a la que mayores esfuerzos dedicaron, ofensiva que se inició en los Estados Unidos por ser este un país republicano, se continuó luego con la Gran Bretaña y Francia. Obviamente que los propagandistas colombianos tuvieron que afrontar la fuerte ofensiva contrarrevolucionaria española, que fue orquestada y muchas veces subsidiada por la Corona misma. Gran parte de la retórica de los diplomáticos colombianos giró en torno a la exaltación alegórica de la figura del Libertador Bolívar. Como ayuda para cumplir con ese objetivo se diseñaron grabados y mapas, con lo que se complementaba la publicación de artículos y libros sobre la revolución; era un medio de alcanzar un público más amplio, de conmoverlo con mayor rapidez y efectividad. Igualmente, se reprodujeron los distintivos de la República de Colombia, conocidos como “imágenes oficiosas”.</p> <p>Novedoso es el capítulo IX, “La República de Colombia frente a la Independencia griega”, ya que los diplomáticos colombianos tuvieron que convencer a los gabinetes de Washington y Europa de que la revolución de Tierra Firme era justa y viable, lo que implicó hacer comparaciones de la revolución colombiana con otras iguales, en especial con el movimiento nacional griego, cuyo inicio se remonta a finales del siglo XVIII, y cuya guerra se alargó entre 1821 y 1830, que estuvo orientado a poner punto final a los casi cuatrocientos años de dominio turco. En esencia, fue un movimiento similar al colombiano, pues tuvo un carácter anticolonial; no obstante,</p>	<p>tuvo diferencias, pues la revolución de Colombia fue ultramarina, mientras que la griega tuvo que enfrentar a una metrópoli cercana. De hecho, la colonización española fue distinta a la otomana. Grecia era un pueblo sometido, muy diferente en sus costumbres, lengua y religión, al despótico imperio otomano; su causa acaparó la simpatía y solidaridad de Europa y los Estados Unidos, mientras que la hispanoamericana desató muchas divisiones en las naciones europeas, lo que generó diversas y distintas formas de solidaridad. Como es obvio, la gestión diplomática por el reconocimiento fue distinta, para los latinoamericanos significó un mayor trabajo, así como un alto costo económico. De todos modos, la revolución griega mereció el análisis de algunos diplomáticos colombianos, como de la prensa nacional, especialmente de la <i>Gaceta de Colombia</i>, órgano oficial del gobierno.</p> <p>A partir de 1810 se inició la campaña de propaganda en el extranjero, la que desde 1819 se sofisticó cada vez más, sobre todo la retórica independentista, y surgieron las historias de la revolución como género literario y como herramienta eficaz en la búsqueda del reconocimiento, pero también para promover el esfuerzo de la naciente República de Colombia por construir un sistema de paz y confederación. Como es obvio a la vez que surgió una literatura pro revolucionaria, apareció otra contrarrevolucionaria, tendiente a combatir la propaganda revolucionaria. Al principio fueron artículos, muchos de ellos contratados a escritores reconocidos de Europa y los Estados Unidos, el primer gran articulista europeo de la causa independiente hispanoamericana fue William Walton. Tanto los diplomáticos, como los revolucionarios hispanoamericanos, se dieron a la tarea de componer y editar libros de todo género (informativo, propagandístico, etc.), con el propósito de contribuir, de manera legítima y respetable, a la emancipación del continente. Se concretaron en colecciones de documentos oficiales, traducciones de las constituciones, informes sobre la revolución en Hispanoamérica y, en general, sobre las antiguas colonias españolas, historias de las revoluciones, estas últimas en principio eminentemente fotográficas, luego</p>	<p>decididamente cinematográficas.</p> <p>Faltó algo en el análisis de Gutiérrez Ardila: la posible vinculación de la masonería, tanto europea y norteamericana, en la promoción de la Independencia americana. No se sabe, por ejemplo, qué tendencia política tenían los periódicos simpatizantes y qué publicaron esos artículos, aunque si nos guiamos por la nota sobre Marc-Antoine Julien [pág. 123] podría pensarse que en efecto los publicistas europeos interesados en América eran masones. También, otra prueba de la vinculación de los masones se suministra en las páginas 210 a 219, ya que habida cuenta de la solidaridad entre los diplomáticos, agentes, y plenipotenciarios, la cohesión que existía en ese grupo, sus procedimientos y actuaciones fueron siempre muy similares; por ejemplo, de manera normal para entrar a Francia lo hacían por el puerto de Calais procedentes de Inglaterra. Otro indicio es el que se señala en la página 223 y en las ilustraciones 7 y 8: los agentes diplomáticos frecuentaron las calles Faubourg Saint-Honoré, zona conocida por el liberalismo, y la Chaussée d’Antin, barrio de las finanzas, los industriales, y los artistas. Asimismo, en la página 293, con motivo de las relaciones diplomáticas entre Colombia y la República de México, se menciona cierto enfrentamiento entre las logias mexicanas: yorkinas, partidarias de la república, y escocesas, que defendieron al derrotado emperador Agustín de Iturbide (1823), por lo que se las consideró borbonistas, aristócratas y monárquicas; a estas últimas estuvo vinculado el diplomático Miguel Santa María; enfrentamiento que quizá se trasladó a Colombia.</p> <p>Junto a esos artículos y libros, suministra Gutiérrez una importante y novedosa noticia sobre uno de los viajeros de la segunda generación que visitaron a Colombia luego de la Independencia: Gaspard Théodore Mollien quien, si nos atenemos a los dos prólogos de la edición de 1992, de Carlos José Reyes, y otro de 1943, de la obra <i>Viaje por la República de Colombia en 1823</i>, se desprende que el viajero francés no tuvo intereses militares ni aventureros en el sentido de conquistas o apetencias de poder, fue un observador de la geografía, las ciudades y las gentes de Colombia,</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>que se detuvo sobre algunos aspectos principales como los productos más apetecibles de su agricultura para la exportación, las riquezas mineras y la incipiente artesanía. Nuestro autor adiciona algo importante en las páginas 134-135: el viaje de Mollien correspondió a una campaña del gobierno francés de espionaje del continente americano, por lo que su obra ofrece un análisis severo de la revolución y una descripción despiadada de un país que no dudaba en comparar con África, por ello se expresaba nítidamente en contra del reconocimiento. En este caso su libro fue de propaganda contrarrevolucionaria.</p> <p>La obra más importante de la literatura pro revolucionaria fue <i>Historia de la Revolución de la República de Colombia</i> (París, 1827) de José Manuel Restrepo, que como bien lo analiza Gutiérrez Ardila tuvo un doble objetivo: uno, que el libro fue publicado y orientado a un auditorio interno “nacional”; otro, que fue concebido para colaborar con la propaganda de los hispanoamericanos en Europa, pero la obra superó el nivel netamente propagandista, toda vez que se basó en documentos justificativos para dar así campo a una interpretación histórica que rompió con las caricaturescas y maniqueas versiones predecesoras, lo que completó con un atlas, lo cual implicó una cuidadosa investigación, convirtiéndose en el primer ejemplo de las historias nacionales que habían de publicarse en la América española hasta finales del siglo XIX.</p> <p>Algo notorio en el trabajo de Gutiérrez Ardila es que analiza y describe los hechos históricos a la luz de la época (1819-1831), sin tener en cuenta algunos antecedentes y no dedica tiempo y espacio para narrar y describir algunos hechos de la misma época, simplemente los menciona o los deja pasar, no profundiza mucho en los personajes. Es así como anota los primeros diplomáticos de la naciente república, los negociadores de los tratados de reconocimiento, y plantea que fueron nombrados, o influyó en ello, su origen geográfico; en las designaciones se trató de equilibrar según fueran neogranadinos o venezolanos, fue así como los parentescos, la política, las prebendas y las relaciones personales también desempeñaron</p>	<p>un papel muy importante en la provisión de los empleos sin que el autor entre en mayores honduras. Plantea, entonces, que los factores que se tuvieron en cuenta a la hora de nombrar a los negociadores, no tiene presente que el origen geográfico, el parentesco, las relaciones personales, etc., se venían presentando desde mucho tiempo atrás, por ejemplo, los círculos de poder que han trabajado Margarita Garrido y Renán Silva para la preindependencia, o la eterna división de los neogranadinos entre rosaristas y bartolinos sin duda debió tener algún tipo de papel cuando se nombró a los negociadores.</p> <p>Indudablemente, a partir de los “hechos de Venezuela” o de “La Cosiata”, cuando Páez intentó un primer alzamiento contra la dominación santafereña, comenzaron los problemas para la Gran Colombia, pero, a ese alzamiento se llegó porque el vicepresidente en ejercicio, Francisco de Paula Santander, hizo lo posible para que ello sucediese, y luego que Bolívar retomó el poder siguió conspirando para que la Gran Colombia se rompiera, al punto que el 16 de marzo de 1827 el Libertador cortó relaciones con Santander, la oposición siguió creciendo y el 25 de septiembre de 1828 se intentó asesinar a Bolívar en Bogotá. Asimismo, el 22 de junio de 1826 se instaló el Congreso de Panamá; para ese momento, como lo analiza Gutiérrez Ardila, la diplomacia colombiana había firmado doce tratados de reconocimiento, lo que bien mirado era un triunfo diplomático, pero a los Estados Unidos no le debieron caer en gracia esos logros; para el naciente imperio era más conveniente que no hubiese esos tratados, ni que se dieran otros nuevos, al punto que hizo todo lo posible para que el Congreso de Panamá, con el que se intentó dar una dimensión continental a la causa independentista, fracasara.</p> <p>El libro abre nuevas perspectivas de análisis e investigación sobre el proceso de formación y consolidación de la nación, toda vez que como se sabe las nacientes repúblicas americanas organizaron primero el Estado y luego la nación. En concreto, en lo concerniente a la propaganda y elaboración de grabados y mapas, plantea importantes vetas de investigación sobre, por</p>	<p>ejemplo, la iconografía del Libertador, y la posterior de otros prohombres del siglo XIX colombiano, como también sobre la representación de las guerras, etc.</p> <p style="text-align: center;">José Eduardo Rueda Enciso Profesor titular, Escuela Superior de Administración Pública</p> <hr style="width: 20%; margin: auto;"/>